

Efectivamente. ¿Podría Dios haber utilizado para la creación de los seres vivos –sus criaturas– un mecanismo que implica muerte, sufrimiento, lucha, destrucción?

¿Acaso no decía San Agustín que *«todo mal, o es pecado, o es consecuencia del pecado»*?

¿Acaso no sostiene el Cristianismo que *la creación fue perfecta en el comienzo* y que la muerte apareció *después*, precisamente como consecuencia del pecado?

Y esto no sólo en referencia al hombre, sino a la creación entera, que «gime y siente dolores de parto».

¿Cómo puede ser que Monod –un ateo– vea esto con tanta claridad, y que muchos pensadores católicos no digan una palabra al respecto?

Por cierto que un teólogo en serio –un verdadero doctor sacro– como el queridísimo e inolvidable padre Castellani, nos explica que la lucha por la existencia, el comer y ser comido, la muerte y el sufrimiento, es la descripción de la naturaleza *actual*; una ley biológica del mundo que conocemos; pero en modo alguno una ley *necesaria* (ontológica) de todo mundo posible.

Ahora, si el dolor y la muerte no existían en el «Edén» y sí existían en «la Tierra circundante», indicados por los abrojos y las espinas, la serpiente y la carnivoría, esto sólo pudo haber sido como consecuencia del pecado de los ángeles.

Por ello Castellani cierra su reflexión sobre el tema, con estas palabras:

«Cuando Dios creó la natura terrestre, afirma solemnemente que “todas las cosas son buenas”. Cuando puso a Adán en el Paraíso (cuando lo “sobreelevó”), ya encontramos el mal en la tierra, por lo menos en forma de lucha, dolor y descultivo. Mal que debía reducir Adán munido de sus regios dones. Luego, entre la creación natural y la elevación humana, ha intervenido en el Cosmos, la *caída* de

una parte de los *seres espirituales* prepuestos por naturaleza al gobierno y propulsión del mundo»²⁷.

De más está decir, que es justamente sobre estas cosas que se supone debe escribir un teólogo en referencia a este tema, y no dedicarse a hacer acrobacias dialécticas para tratar de «mitigar» el evolucionismo, o a escribir tonterías de manual sobre el tema, para aparecer «moderno» y «científico».

De manera que una cosa es postular la *perfección de la naturaleza originaria*, degradada luego por el pecado —que hace inevitable la lucha por la existencia (con su secuela de muerte y sufrimiento)— y otra, completamente distinta, es postular que esta lucha por la existencia habría sido el método utilizado por Dios, para llevar a cabo la perfección de la creación originaria.

Que esto lo postulen los evolucionistas ateos o agnósticos, me parece completamente lógico.

Que lo haga un católico, me parece completamente incomprensible.

Pareciera ciertamente haber más «religiosidad» —y desde luego muchísimo mayor rigor intelectual— en Monod, que en muchos autores católicos evolucionistas, que al parecer sólo saben decir boberías.

Todo un «signo de los tiempos», como dicen ahora.

Pero hay más, todavía.

Según los evolucionistas católicos, la evolución habría sido el *método* del cual se habría valido Dios para producir la Creación.

Esto supone, obviamente, que Dios y Su designio habrían precedido al proceso evolutivo, el cual sería simplemente un despliegue, una actualización, del *plan de Dios* en la naturaleza.

27) Leonardo Castellani, *Conversación y crítica filosófica*, Espasa-Calpe Argentina, 1941, p 30.

Reduciendo la cuestión a los términos más sencillos, esto significa que la *Inteligencia* precede a la vida. Y en una forma más amplia, que la *Inteligencia* precede al *Cosmos*.

En otras palabras, que *en el principio fue el Logos*.

Pero esto no sólo está en contradicción con el postulado básico del *evolucionismo* —el azar— sino que también es negado explícitamente por los autores evolucionistas.

En la concepción evolucionista, la inteligencia aparece *al final* del proceso evolutivo, es decir, con la aparición del hombre. No que aparezca la inteligencia humana —lo cual es obvio— sino la inteligencia a secas, o como ellos prefieren decir, la conciencia. Y esto a nivel cósmico.

De ahí la insistencia, por parte de cualquier autor evolucionista de relieve, de que recién con la aparición del hombre la evolución se hace *consciente*.

Y al hacerse consciente la evolución, esto es, *el hombre* producido por ella, éste se da cuenta de que *está solo* en el universo.

George Gaylord Simpson, dice:

«Esta interpretación (la evolucionista)... muestra que *no hubo ninguna anticipación* de la llegada del hombre. Él *no responde a ningún plan ni cumple ningún propósito* sobrenatural. Está *solo* en el universo; es un producto único de un largo proceso *material, inconsciente, impersonal*, con singular entendimiento y capacidades. Éstas, a nadie las debe sino a sí mismo, y es ante sí mismo que es responsable. No es una criatura de fuerzas incontrolables e indeterminables, sino su propio dueño»²⁸.

Julián Huxley ha llamado a esto, «*una espléndida aseveración de la visión evolucionista del hombre*».²⁹

28) George Gaylord Simpson, *La vida en el pasado*, Alianza ed 1967, p 203.

29) Julián Huxley, *Scientific American*, v 189, (1953), p 189.

Monod, por su parte, expresa que:

El hombre sabe al fin que *está solo* en la inmensidad indiferente del Universo de donde ha emergido por *azar*. Igual que su *destino*, su *deber* no está escrito en ninguna parte³⁰.

Teodosius Dobzhansky, en su reseña del libro de Monod, «El azar y la necesidad», de donde es el párrafo arriba transcrito, dice que:

«(Monod)... ha expresado con admirable claridad y elocuencia, a menudo rayanas en lo conmovedor, la *filosofía materialista*, mecanicista, compartida por la mayoría del actual *establishment* en las ciencias biológicas»³¹.

¿Cómo se puede armonizar esto con la existencia de un Dios creador, que llama al mundo a la existencia, ya sea por creación directa, o (supuestamente) por evolución?

30) Ref. 3, p 190.

31) Teodosius Dobzhansky, Science, v 175 (1972), p 49.

¿Teoría científica o cosmovisión?

Y esto es así, lector, no porque algunos científicos estén «usando» la hipótesis evolucionista para respaldar sus posturas filosóficas materialistas y ateas, sino porque el evolucionismo —al menos en su formulación darwinista (o neodarwinista)— no es una teoría científica (aunque fuese errónea), sino una *cosmovisión* anti-creacionista, inmanentista, naturalista y materialista.

Rociarla con agua bendita no cambia su condición.

La verdadera ciencia no tiene una sola palabra que decir, respecto de los *orígenes* de nada: universo, vida, hombre, excepto por la negativa. Es decir, mostrando que la materia —y las leyes que la rigen— no pueden explicar jamás el origen del hombre, la vida o el cosmos.

El empecinamiento de los autores evolucionistas en pretender explicar los *orígenes*, es la demostración más contundente del carácter de pseudociencia de la hipótesis de la evolución.

Como dice acertadamente Gilson:

«... la noción de evolución, es una noción *filosófica*, introducida en la ciencia desde afuera de ella»³².

32) Ref. 6, p 206.

La así llamada «teoría de la evolución» es, esencialmente, una *filosofía*, elaborada específicamente para *negar la creación*, y adornada luego con ropaje científico.

Y una filosofía anticreacionista en el sentido amplio de la palabra. Esto es, que niega, no sólo la creación directa o especial del hombre y de todas las especies, sino también una eventual creación «evolutiva», ya que niega categóricamente el *principio de finalidad*.

En última instancia, lo que el evolucionismo niega, es la *intervención* de Dios en la naturaleza.

No sólo la *intervención especial*, sino también la *programación* previa del sistema.

Por ello es que evolucionismo y cristianismo no se pueden armonizar. Porque no se trata de un supuesto conflicto entre la ciencia y la fe (que nunca ha existido ni puede existir), sino de dos *cosmovisiones* contradictorias.

¿Cómo se podría armonizar la Creación con la evolución, cuando ésta es una cosmovisión elaborada específicamente para negar la Creación?

La evolución no es el método que habría utilizado Dios para llevar a cabo la Creación, sino su *reemplazo*. Es decir su *negación* por *sustitución*.

Desde el punto de vista evolucionista, la idea de Dios queda relegada a la categoría de una hipótesis innecesaria a todos los fines prácticos. Tan lejana que se esfuma por sí misma.

De todas maneras —y a riesgo de ser reiterativo— quiero subrayar que la cuestión fundamental no radica, a mi modesto entender, en el hecho de si Dios creó a los seres vivos *directamente* y en un solo *acto creativo*.

Podría haberlo hecho en una serie de *actos sucesivos* (la postura del gran paleontólogo Cuvier, por ejemplo); o podría haberlo hecho en un solo acto creativo, sólo que algunas especies en *acto* y otras en *potencia* (la postura de San Agustín y San Buenaventura),

y por consiguiente, las sucesivas apariciones de «nuevas» especies (en el caso de que esto hubiese sido así) no serían propiamente nuevas creaciones, sino sólo la *manifestación* de «gérmenes» preexistentes (las «razones seminales» que San Agustín toma de los estoicos); es decir la actualización de las potencias del primer y *único* acto creador, en que todas las cosas recibieron el Ser, y después del cual *nada nuevo se ha añadido a la naturaleza creada.*

Todo esto es opinable.

Es más. Tampoco habría ningún problema en aceptar que la formación de las especies (hombre incluido), no hubiese sido el resultado de un acto creativo (o varios), sino de un *proceso evolutivo.*

Pero un proceso es un conjunto de fenómenos, que se suceden guardando un *orden preestablecido.*

Y si hay un orden, hay una *inteligencia* que dirige el conjunto de dichos fenómenos.

Ahora, si el proceso evolutivo fue dirigido por Dios, entonces estamos, una vez más, hablando de Creación. Una Creación prolongada en el tiempo.

Y repito, ¿qué sentido tiene hablar de tiempo, en referencia a Dios que está fuera del mismo?

También se puede optar por decir que el origen del hombre —y de las demás especies— es un *misterio.* Indescifrable. Inalcanzable. Inabordable.

Pero hay una gran diferencia entre aceptar un *misterio* y propugnar un *absurdo.*

Entre decir, no se sabe (y en principio nunca se sabrá) y entre proponer disparates irracionales y anticientíficos.

En última instancia, el postulado básico del «creacionismo» es que los procesos naturales —tal como los conoce la ciencia hoy— no pueden explicar el origen de las especies, incluido el hombre.

El científicista podrá decir que algún día se conocerán. El creacionista puede sostener que es imprescindible la hipótesis de un Dios creador.

En ambos casos, se está razonando a partir de lo real y lo fáctico. Es decir, de un sinceramiento respecto de los datos propiamente científicos, lo cual constituye la base imprescindible para una confrontación y un entendimiento honesto y fructífero.

En otras palabras: la alternativa no es entre evolucionismo materialista y evolucionismo «mitigado» (que no existe), ni tampoco entre evolucionistas ateos y creyentes.

La verdadera alternativa es entre el *modelo evolutivo* y el *no evolutivo* (llamado generalmente creacionismo).

Y por eso, los evolucionistas reaccionan con la misma aspereza frente a un creacionista creyente, como frente a un agnóstico que cuestione la evolución. Sí. Incluso frente a un ateo, como fue el caso del famoso astrónomo inglés Fred Hoyle.

Lo que está realmente en juego —al menos desde el punto de la filosofía de la naturaleza— no es primariamente la creación, en el sentido literal del Génesis, sino el *principio de finalidad*.

Que finalidad y azar se excluyen mutuamente ya había sido visto claramente por Aristóteles, al refutar a Empédocles y dar la razón a Anaxágoras («el único que habla como un hombre sobrio entre mareados»). No por nada Empédocles es considerado el primer evolucionista.

» Y no me extraña. ¡Con ese nombre!...

Lo que está finalmente en juego

En realidad lector –y esto simplemente a título personal– lo que creo que en última instancia está en juego aquí, no es fundamentalmente la veracidad del Génesis o la realidad de Adán. Estos son sólo objetivos inmediatos. Personalmente creo que lo que verdaderamente está en juego es la veracidad de *toda* la Sagrada Escritura y en última instancia, la realidad del *Nuevo Adán*.

El cuestionamiento al Adán del Edén apunta en realidad al Adán de Belén.

Negar la *historicidad* del primer Adán implica negar la *necesidad* del Segundo.

Porque el concepto de *pecado original* es absolutamente inconcebible, en la visión evolucionista de la vida, según la cual, el hombre «ascendió» –obviamente– desde el nivel del mono. Y si el movimiento espontáneo de la naturaleza es «hacia arriba», ¿cómo introducir en este contexto la noción de la Caída?

H. G. Wells, el famoso novelista científico británico –ferviente darwinista, por cierto–, expresaba:

«Si todos los animales y el hombre se han desarrollado de esta manera ascendente, luego *no ha habido primeros*

padres, ni Edén, ni Caída. Y si no hubo Caída, todo el edificio del Cristianismo, la historia del primer pecado y la razón de la expiación... colapsan como un castillo de naipes»³³.

Richard Bozart, por su parte, conocido escritor de temas científicos en Estados Unidos, miembro prominente de la Asociación Humanista Americana (entidad formalmente dedicada a propagar el ateísmo sobre todo en el plano cultural), dice:

«El evolucionismo destruye total y definitivamente la mismísima razón por la cual la vida terrenal de Jesús habría sido supuestamente necesaria.

Destruid a Adán y Eva y al pecado original, y entre los escombros hallaréis los lamentables despojos del hijo de Dios.

Si Jesús no fue el *redentor* que murió por nuestros pecados —y esto es lo que el evolucionismo significa— entonces el Cristianismo es *nada*³⁴.

Como se ve, no se puede pedir más en cuanto a claridad de conceptos y sinceridad de expresión.

En este tema sólo se engaña el que quiere.

Si la evolución es una realidad, entonces el Génesis sólo puede ser una mera fábula (y ni siquiera particularmente bella, acotaría cáusticamente Bernard Shaw).

Y si el Génesis es una fábula, ¿qué pasa con el resto de la Sagrada Escritura?

33) H. G. Wells, *Outline of history*, Doubleday, N.Y. 1949, p 987.

34) Richard Bozart, *American atheist*, Septiembre de 1978, p 30, citado por Duane Gish, en *Creation scientist answer their critics*, Institute for Creation Research, California, 1993, p 30.

Si Dios no pudo intervenir en forma especial en el origen del hombre, ¿por qué habría podido intervenir en forma especial en el resto de la historia humana?

Si Dios no pudo formar al hombre a partir de barro, ¿por qué aceptar que pudo formar vino a partir de agua?

Si Dios no pudo formar a Adán sin necesidad de madre, ¿por qué aceptar que habría podido formar la humanidad de Cristo sin necesidad de padre?

Si Dios tuvo que atenerse a las «leyes científicas» (la hipótesis evolucionista) en el Génesis, ¿por qué habría de quebrantarlas en Palestina?

Es por ello que David Strauss, el famoso fundador de la Alta Crítica Bíblica alemana, escribió lo siguiente:

«En vano decretamos los filósofos y los teólogos, una y otra vez, el exterminio de los milagros; nuestra ineficaz condena gradualmente desapareció, porque no pudimos prescindir de la acción milagrosa, ni tampoco señalar alguna fuerza natural capaz de suplirla... Darwin ha demostrado esta fuerza, este proceso de la Naturaleza; él ha abierto la puerta a través de la cual una humanidad más feliz, arrojará de sí los milagros, que jamás retornarán.

Cualquiera que conoce lo que los milagros implican, alabará a Darwin, en consecuencia, como uno de los más grandes benefactores de la humanidad»³⁵.

Para hacer más explícito el ateísmo que está detrás de la pseudocientífica «teoría de la evolución», recordemos que en el año 1959, durante el gran simposio mundial llevado a cabo en la Universidad de Chicago para conmemorar el centenario de la

35) David Strauss, *The old faith and the new*, M. Blind, London, 1873, p 205, citado por Gertrude Himmelfarb, en *Darwin and the darwinian revolution*, Norton and Co. New York, 1968, p 388.

aparición de «El origen de las especies», y que fue la apoteosis del darwinismo, Julián Huxley (el nieto de Tomás), quien compartía con su abuelo la sinceridad en la expresión, y donde fue el orador principal, sostuvo entre otras cosas lo siguiente:

«En el sistema evolucionista de pensamiento *no hay ya necesidad o espacio para lo sobrenatural. La Tierra no fue creada; evolucionó.*

Lo mismo hicieron todos los animales y vegetales que lo habitan, *incluidos nosotros mismos; mente y alma, al igual que cerebro y cuerpo.*

Lo mismo sucedió con la religión.

El hombre evolucionista no puede ya más refugiarse de su soledad, *arrastrándose en busca de amparo dentro de los brazos de una figura paterna divinizada que él mismo se ha creado*³⁶.

Nadie, absolutamente nadie entre los presentes, cuestionó estas palabras de Huxley.

¿Es que no había ningún evolucionista «creyente» entre los miles de asistentes al simposio?

36) Ref. 4, p 253.

Evolucionismo y nueva era

*E*l problema es que el hombre es un animal incurablemente religioso, y en una atmósfera crudamente materialista, simplemente no puede sobrevivir. Es necesario entonces proporcionarle un sustituto pseudo-religioso. Alguna forma de «espiritualidad», que sin cuestionar los fundamentos de la cosmovisión materialista le brinde, en cierta forma, la visión de conjunto (*religare*), de totalidad, de sentido, e incluso la práctica de ritos culturales propios de la religión tradicional.

Por eso, a toda época de materialismo clásico sucede lo que Spengler denominaba «segunda religiosidad». Esto es, una religión vaciada de su contenido sobrenatural.

Una religión atea, claro.

Sí usted lector cree ver alguna contradicción en lo que acabo de decir, es porque usted está pensando en el concepto de religión como la hemos conocido. Pero aquí se trata de algo totalmente distinto.

Y el evolucionismo va a ser uno de los pilares de esta nueva religión.

Que la teoría de la evolución está cargada de «religiosidad», ya ha sido señalado por numerosos autores; Edwin Conklin, por ejemplo, que fue profesor de Biología en la Universidad de Princeton, decía que:

«El concepto de la evolución orgánica es altamente apreciado por los biólogos, para muchos de los cuales es un objeto de genuina *devoción religiosa*, porque la pueden considerar como un *principio integrador* supremo.

Esta es probablemente la razón de por qué la *rigurosa crítica* metodológica empleada en otras áreas de la Biología, *no ha sido aplicada todavía en las especulaciones evolucionistas*»³⁷.

Marjorie Grene, por su parte, conocida filósofa e historiadora de la ciencia de la Universidad de California, sostiene que:

«Es como una *religión* de la ciencia que el Darwinismo cautivó y sigue cautivando las mentes de los hombres... La teoría darwinista devino una *ortodoxia*, predicada por sus adherentes con *fervor religioso* y puesta en duda —según los darwinistas— sólo por unos pocos extraviados, imperfectos en fe científica»³⁸.

Julián Huxley —que no era un hipocritón como tantos otros y que no tenía pelos en la lengua— nos dice, al respecto, lo siguiente:

«Una religión es esencialmente una actitud ante el mundo como un todo.

Es por eso que *la evolución*, por ejemplo, puede ser un principio tan poderoso para *coordinar las creencias y esperanzas* del hombre, como la *idea de Dios* lo fue en el pasado»³⁹.

37) Edwin Conklin, *Man real and ideal*, Scribner, 1943, p 147.

38) Marjorie Grene, *Encounter*, Noviembre de 1959, p 49.

39) Julián Huxley y Jacob Bronowsky, *Growth of ideas*, Prentice Hall Inc. 1986, p 99.

Y también:

«... la visión evolucionista nos está capacitando para discernir los lineamientos de una *nueva religión* que, podemos estar seguros, surgirá para servir a las necesidades de la era que se avecina»⁴⁰.

Y otra:

«La unificación de las tradiciones en una sola "combinación" (*pool*) de experiencia, conciencia y propósito, es el prerrequisito necesario para promover mayores progresos en la evolución humana. Por consiguiente, aunque la unificación política en alguna forma de *gobierno mundial* sea requerido para el logro definitivo de esta meta, la *unificación en las cosas de la mente* no sólo es también necesaria, sino que puede allanar el camino para otros tipos de unificación»⁴¹.

¡Dios nos libre y guarde!

Pero así viene la mano. Por eso que estas cosas, que fueron escritas hace más de 50 años, recién comenzaron a ser publicadas en la década del ochenta, para evitar la resistencia que hubieran podido provocar todavía en los cincuenta. Pero estas fueron las consignas que dio Huxley para los planes educativos de la UNESCO de la cual fue su primer director general.

40) Ref. 4, p 260.

41) Julián Huxley, *A new world vision*, *The Humanist*, v 39, Marzo de 1979, p 35. (Este artículo fue mantenido en **secreto** por la UNESCO, durante aproximadamente 30 años, antes de que *The Humanist*, fuera autorizado a publicarlo).

Reflexiones finales

*E*n fin, estimado lector, ya va siendo hora de meter violín en bolsa y cerrar estas reflexiones, en las que usted verá cuán posible es un evolucionismo «mitigado», en el contexto de la hipótesis darwinista, y su eventual armonización con una visión cristiana de la cuestión.

Es francamente lamentable que muchos pensadores católicos se extasién con la hipótesis evolucionista, en un estilo que recuerda más a una criatura en Disneylandia, que al rigor intelectual que debe caracterizar a un estudioso.

Doblemente lamentable, en momentos en que el darwinismo se derrumba inexorablemente en todas partes, al no poder enfrentar ya la montaña de objeciones científicas que se han acumulado en los últimos 50 años, y que por ello debe recurrir a la *supresión del debate* y a la *imposición* forzosa de sus dogmas en los *planes de estudio*, para poder sobrevivir.

En su afán por aparecer «modernos» y «científicos», muchos católicos evolucionistas no alcanzan a darse cuenta que están defendiendo una hipótesis *pseudocientífica* y una *cosmovisión* típica del *siglo XIX*.

Porque el evolucionismo darwinista es, en esencia, la cosmovisión de la Inglaterra *manchesteriana*; la cosmovisión liberal

del *progreso indefinido* y del *capitalismo salvaje* en expansión. Y del *marxismo* también, por cierto, que no es sino su heredero.

Más aún. Una cosmovisión que pretende erigirse en la base de una nueva «religión». *La religión del humanismo*. La religión de la *globalización* y del *gobierno mundial*. La religión de la esclavización planetaria.

Es por ello que hay que enfrentar toda esta patraña con la máxima decisión.

Y el enfrentamiento comienza —como siempre— con el *esclarecimiento de las mentes*.

Por cierto que nada podemos esperar de los Ministerios de (Mala) Educación.

Ellos están para cumplir las órdenes de los poderes mundialistas, de los cuales son fieles servidores.

Tampoco debemos esperar mucho de los «científicos», en general, pues ellos son también sirvientes, conscientes o no, del *establishment* científico, que jamás toleraría a nadie que cuestionase al darwinismo, lo cual representaría la muerte académica del científico que osara cuestionarla.

Además, estos científicos no son sabios en el sentido clásico de la palabra. Muchos de ellos sólo son tecnócratas obtusos y de mentalidad estrecha, cuando no simplemente estúpidos, como decía James Watson⁴².

De ellos no se puede esperar ninguna luz.

No. Nuestra única esperanza es la *gente común*. La que no está en la búsqueda de honores o triunfos académicos o científicos. La que no tiene nada que perder, si su postura está en desacuerdo con lo consagrado por ilustres sofistas como Carl Sagan o los divulgadores de la National Geographic.

42) James Watson, *La doble hélice*, Plaza y Janés, 1970, p 30.

◊ A ellos hay que recurrir.

Estamos otra vez en el siglo IV antes de Cristo: los enemigos son los *sófistas*.

Estamos otra vez en el siglo I de nuestra era: los enemigos son los «*doctores de la ley*».

Los pescadores y campesinos derrotarán, una vez más, a la caterva de «pseudodoctores» que pretenden demostrar que somos poco más que unos animales mostrencos, originados por los accidentes fortuitos de la evolución, sin propósito y sin designio, clausurados a toda apertura hacia lo trascendente y destinados simplemente a sobrevivir, gracias a una lucha despiadada con nuestros semejantes, para alcanzar el glorioso destino de la satisfacción animal de los elementales instintos por el sexo y la pitanza.

Raúl Leguizamón

Guadalajara, México, febrero de 2006.

Anexo

Descubrir el diseño en la naturaleza

Artículo del cardenal Christoph Schönborn sobre el tema de la finalidad en la naturaleza, publicado en el *New York Times* del 7 de julio del 2005.

«Desde 1996, cuando el papa Juan Pablo II dijo que la evolución (término que no definió) era *“algo más que una hipótesis”*, los defensores del dogma neodarwinista han invocado a menudo la supuesta aceptación —o al menos aquiescencia— por parte de la Iglesia Católica Romana, cuando sostienen que su teoría es de alguna manera compatible con la fe cristiana.

Pero esto no es cierto. La Iglesia Católica, aun cuando deja en manos de la ciencia muchos detalles acerca de la historia de la vida sobre la tierra, proclama que, con la luz de la razón, el intelecto humano puede claramente discernir un propósito y un diseño en el mundo natural, incluyendo el mundo de los seres vivos.

La evolución, en el sentido de ascendencia común, podría ser cierta, pero la evolución en el sentido neodarwinista —es decir, un proceso no guiado ni planificado, de variaciones al azar y selección natural— no lo es. Cualquier sistema de pensamiento que niegue o que busque otras explicaciones distintas de la

abrumadora evidencia del diseño en biología, es ideología y no ciencia.

Consideremos la verdadera enseñanza de nuestro amado Juan Pablo.

Mientras que siempre y en todas partes se cita su imprecisa e intrascendente carta de 1996 acerca de la evolución, no vemos a nadie discutir los siguientes comentarios, realizados en una audiencia general de 1985, que representan sus enseñanzas sólidas sobre la naturaleza:

“Todas las observaciones concernientes al desarrollo de la vida conducen a la misma conclusión. La evolución de los seres vivos, de la cual la ciencia busca determinar los estadios y discernir el mecanismo, presenta una finalidad interna que despierta admiración. Esta finalidad, que dirige a los seres en una dirección de la cual ellos no son los responsables ni los encargados, obliga a suponer una Mente que es su inventora y creadora”.

Y continúa: *“A todas estas indicaciones de la existencia de Dios Creador, algunos oponen el poder del azar o de los mecanismos propios de la materia. Hablar de azar en un universo que presenta tal compleja organización en sus elementos y tal maravillosa finalidad en su vida, sería equivalente a abandonar la búsqueda de una explicación del mundo como este aparece ante nosotros. De hecho, sería equivalente a admitir efectos sin una causa. Sería renunciar a la inteligencia humana, que rehusaría así a pensar y buscar soluciones para sus problemas”.*

Nótese que en esta cita la palabra “finalidad” es un término filosófico, sinónimo de causa final, propósito o diseño.

En comentarios realizados un año más tarde, en otra audiencia general, Juan Pablo concluía: *“Está claro que la verdad de la fe acerca de la creación es radicalmente opuesta a las teorías de la filosofía materialista. Éstas consideran al cosmos como el resultado de una evolución de la materia, reducible al puro azar y la necesidad”.*

Naturalmente, el catecismo autorizado de la Iglesia Católica concuerda: *“La inteligencia humana es ciertamente capaz, de suyo, de*

encontrar una respuesta a la cuestión de los orígenes. La existencia de Dios como Creador puede conocerse con certeza a partir de sus obras, por la luz de la razón humana". Y agrega: "Creemos que Dios creó al mundo según su sabiduría. Este no es el producto de ninguna necesidad de ningún tipo, ni tampoco del azar o de un destino ciego".

En un lamentable nuevo giro sobre esta vieja controversia, los neodarwinistas han tratado recientemente de presentar a nuestro nuevo papa, Benedicto XVI, como un evolucionista convencido.

Han citado una frase acerca de la ascendencia común, de un documento del 2004, de la Comisión Teológica Internacional, señalando que Benedicto era en ese entonces el presidente de la comisión y concluían que la Iglesia Católica no tiene problemas con el concepto de "evolución" tal como lo emplean la mayoría de los biólogos, esto es, como sinónimo de neodarwinismo.

El documento de la comisión, sin embargo, reafirma la enseñanza perenne de la Iglesia acerca de la realidad del diseño en la naturaleza. Comentando sobre el mal uso generalizado de la carta sobre la evolución de Juan Pablo, de 1996, la comisión advierte que *"la carta no puede interpretarse como una aprobación indiscriminada de todas las teorías de la evolución, incluyendo aquellas de procedencia neodarwinista, las cuales niegan explícitamente a la Divina Providencia cualquier papel verdaderamente causal en el desarrollo de la vida en el universo"*.

Además, según la comisión, *"Un proceso evolucionista no dirigido —que quede afuera de los límites de la Divina Providencia— simplemente no puede existir"*.

Por cierto, en la homilía de su ascensión, hace apenas unas semanas, Benedicto proclamó: *"No somos un producto casual de un proceso evolutivo carente de sentido. Cada uno de nosotros es el resultado de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno de nosotros es amado, cada uno de nosotros es necesario"*.

A través de la historia, la Iglesia siempre ha defendido las verdades de la fe dadas por Jesucristo.

Pero en la era moderna, la Iglesia también está en la singular posición de mantenerse firme en la defensa de la razón.

En el siglo XIX, el Primer Concilio Vaticano le enseñó, a un mundo recién dominado por “la muerte de Dios”, que por el uso únicamente de la razón, la humanidad podía llegar a conocer la realidad de la Causa Primera, del Primer Motor, del Dios de los filósofos.

Ahora, en el comienzo del siglo XXI, enfrentada con proposiciones científicas como el neodarwinismo y la hipótesis de los universos múltiples en cosmología, inventadas para evitar la abrumadora evidencia de propósito y diseño que se encuentran en la ciencia moderna, la Iglesia Católica defenderá nuevamente la razón humana, proclamando que el diseño inmanente, evidente en la naturaleza, es real.

Las teorías científicas que tratan de explicar la apariencia del diseño como el resultado del “azar y la necesidad”, no son científicas en absoluto, sino, como Juan Pablo II lo afirmó, una abdicación de la inteligencia humana».

Christoph Schönborn, cardenal de la Iglesia Católica Romana y Arzobispo de Viena, fue el editor en jefe del catecismo oficial de 1992, de la Iglesia Católica.

Traducción: Raúl Leguizamón



La editorial **folia universitaria** tiene lo que estás buscando

M u l t i m e d i a

- Los Fieles Cantan Gregoriano. DISCO DIDÁCTICO (*Sociedad Gregoriana de México, A.C.*)
- La Eucaristía. El milagro eucarístico en la ciudad de Lanciano, Italia. AUDIOCASETE (*Baltasar Sosa Chévez*)
- Dios Existe. AUDIOCASETE (*Baltasar Sosa Chévez*)
- La Resurrección I y II. AUDIOCASETE (*Baltasar Sosa Chévez*)
- Conoce la importancia de las Apariciones de la Virgen. El Acontecimiento Guadalupano. DVD
- Los Milagros Eucarísticos del Mundo. CD

H i s t o r i a y P o l í t i c a

- Prehistoria Novo Hispana (*Alfonso Rivas Salmón*)
- El Hombre y la Historia (*Alberto Caturelli*)
- Los Arquetipos y la Historia (*Antonio Caponnetto*)
- El Amanecer de los Derechos del Hombre. La controversia de Valladolid (*Jean Dumont*)
- Las Casas, Visto de Costado (*Enrique Díaz Araujo*)
- México, el País de los Altares Ensangrentados (*Francis Clement Kelley*)
- Las Formas Políticas, México o la Revolución (*Julio Ycaza Tigerino*)
- Un Siglo de México. De Hidalgo a Carranza (*Alfonso Junco*)
- México Falsificado I y II (*Carlos Pereyra*)
- Anacleto, Líder Católico. Génesis de la persecución religiosa en México (*Ismael Flores Hernández*)

Esta obra se imprimió en diciembre de 2012
en el centro de impresión de la
editorial folia universitaria
Avenida Patria número 1201
Zapopan, Jalisco, México.